



LOS DOS REYES DE POTSDAM

EL DOCTOR LIEBKNECHT Y LA GUERRA

Muchas son las cruces de hierro que se han repartido en Alemania desde el mes de agosto último. Sin duda ellas habrán sido otorgadas a los valientes en premio de sus grandes hazañas. Sin embargo, el bravo entre los bravos, en Alemania, no ha recibido la cruz de hierro, y si ha logrado escapar la del martirio, ello obedece únicamente a que el Gobierno no ha tenido el valor de arrostrar las consecuencias, como que muerto, Karl Liebknecht, podría ser aun más peligroso que Liebknecht vivo. La noticia de su ejecución, o siquiera de su prisión, le sería tan desastrosa al Káiser como la pérdida de una gran batalla. Esa nueva llevaría a las trincheras un eco pavoroso de aquel otro conflicto, por ahora temporalmente suspendido: la lucha por la emancipación del pueblo prusiano.

Porque es preciso saber que hay dos reyes en Potsdam: El Káiser, que pasa revista a sus legiones en la explanada que da frente al Palacio Antiguo, y Karl Liebknecht, quien cuenta sus legionarios en las calles. Su elección para el Ríichstag, como representante socialista por el distrito mismo del Káiser, en 1912, constituyó la más dura afrenta que el emperador haya sufrido a manos de su pueblo. Fué aquello como si Windsor hubiese elegido un republicano al Parlamento inglés. Los hijos del Káiser indicaron el camino hacia las urnas, con grande ostentación, en las primeras horas de la mañana; pero al cerrar el día el pueblo de Potsdam había elegido rey democrático suyo al hijo del viejo Wilhelm Liebknecht.

POR QUE LUCHAN LOS SOCIALISTAS

Se ha criticado mucho, y aun de manera despectiva, la docilidad con que los socialistas alemanes contestaron al toque de llamada del sargento prusiano. «Ved la insensatez

del socialismo —dicen ciertas gentes regocijadas—; vedlo desvanecerse como una burbuja de aire al eco del clarín, y ved —exclaman con voz apenas perceptible— qué institución tan admirable es el sargento de las milicias prusianas! ¡Oh, qué no diera Inglaterra por un sargento que, como él, a la voz de mando, metiese en filas a toda la clase obrera y la convirtiera en instrumento dócil de la aristocracia triunfante! «Sí —dijo Carlyle ahora tiempos—: la idea de un soldado testarudo, que obedezca ciegame- te, dispare aun contra su propio padre, a la voz de un oficial, es un gran refugio para las mentes aristócratas.

Y precisa convenir en que hay fundamento para esta cómoda convicción sobre el valor del militarismo aplicado como camisa de fuerza a una democracia inquieta. La obediencia con que los socialistas alemanes, después de haber ido a las urnas por espacio de varias generaciones, en contra de los *junkers* prusianos y de su sistema militar; la docilidad con que vinieron a marcar el paso en pos de éstos, al toque de la llamada, parece reducir todas sus actividades y teorías a una simple ráfaga de viento. Ello alienta a ciertos escritores, como el enigmático doctor Dillon, a decir, como lo dice en reciente número del *Contemporary*, que si a uno le dieran a elegir entre el Gobierno y el pueblo, no sabría cuál de los dos debiera escoger. Empero, esta es una apreciación superficial de los hechos. La tormenta cayó sobre los socialistas alemanes tan repentinamente como sobre nosotros. Sabían ellos menos de las causas de esa tempestad de lo que nosotros mismos sabíamos. Vieron únicamente, como lo vimos nosotros, que su patria estaba en peligro, y se decidieron, lo mismo que nosotros, a subordinarlo todo al deber inmediato de salvarla de la ruina.

Ilustremos la situación con una parábola: puede uno haber reñido vivamente con su familia a propósito de la economía interna del hogar doméstico; pero, si la casa es invadida por las llamas, pospondrá uno todas sus querellas y aunará sus esfuerzos a los de los otros miembros de la familia para apagar el incendio. Puede uno hasta sospechar que este ha sido ocasionado por una estufa defectuosa, contra la cual se haya pronunciado inútilmente; pero esa circunstancia no contribuirá a que gaste menos energía para ver de contener el fuego; y, una vez extinguido éste, no discutirá ya tontamente a propósito de la estufa; por el momento la idea dominante es otra, como es también otro el campo de acción.

DOS DOS MOTIVOS

El aislamiento de Karl Liebknecht es, per tanto, más aparente que real. Millopes de gentes en Alemania comparten su modo de pensar; y aunque por el momento sea el único que las expresa, sus ideas serán las que gobiernen la Alemania del mañana. El hecho de que él pueda expresarse con libertad constituye, por sí solo, la prueba de mi acerto. Ese hecho es la comprobación concluyente del influjo de ese otro *motif* que en el alma de la nación alemana va contrapuesto al *motif* triunfante del *bernhardismo*, así como en la gran fantasía de *Tannhauser* el *Coro de los peregrinos* va contrapuesto al canto erótico de la música de Venusberg. Hemos olvidado ese otro *motif* y sólo vemos a Alemania a la luz de las antorchas de Bernhardi. No podía ser de otra manera: en la formidable tensión del conflicto no tenemos tiempo para discriminar y marcamos a toda la nación alemana con el mismo estigma. Bien sabemos que tal juicio es falso y que la gran máxima de Burke, de que «no está bien condenar a toda una nación», es tan cierta